

PASAJERA A TEHERÁN

Paisajes narrados, 40

Vita Sackville-West
Pasajera a Teherán

Traducción de Carlos Mayor

editorial  minúscula
BARCELONA

Títulos originales: *Passenger to Teheran, Twelve Days*
Passenger to Teheran © 1926 by Vita Sackville-West
Twelve Days © 1928 by Vita Sackville-West

© de la presentación de *Pasajera a Teherán*: The Estate of Nigel Nicolson

© de la traducción: 2010 Carlos Mayor
Revisión: Tomás Caballero y Alicia Ferran

© 2010 Editorial Minúscula, S.L.
Sociedad unipersonal
Portolà, 26 - 08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: abril de 2010

Diseño gráfico: Pepe Far
Fotografía de la cubierta: © Abdolhamid Ebrahimi

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Moià

ISBN: 978-84-95587-64-0
Depósito legal: B-19.878-2010

Printed in Spain

A modo de introducción

Viajar es el placer más íntimo que existe. No hay nada más aburrido que un viajero aburrido. No nos interesa lo más mínimo que nos cuente lo que ha visto en Hong Kong. No solo no queremos que nos lo cuente de viva voz, sino que tampoco queremos (no podemos quererlo si pretendemos lograr un grado de sinceridad superior al que está al alcance de la mayoría de los seres civilizados) que nos lo cuente por carta. Puede que se deba a que las cartas presentan problemas intrínsecos. Para empezar, no son instantáneas. Si hoy mando una a casa y digo (cosa que es cierta): «En el momento de escribir estas líneas navego por la costa de Baluchistán», para mí se trata de algo absolutamente real, pues me basta con levantar la vista del papel para refrescarla con esos acantilados, rosáceos bajo la luz de la mañana; sin embargo, para el destinatario de mi carta, que la abrirá en Inglaterra transcurridas tres semanas, ya no estoy bordeando Baluchistán, sino yendo en taxi por Bagdad, o leyendo en un tren, o dormida, o muerta; el tiempo presente ha perdido todo sentido. Y ese no es el único inconveniente de las cartas. No llegan tantas como deberían. Una misiva que se

ha esperado fervientemente debe complementarse de inmediato con otra, para contrarrestar la sensación de abatimiento que nos invade cuando el placer angustioso de la expectativa deja paso al torrente frío de la satisfacción. Cuando pueden entregarse notas en mano, como en el caso de dos amantes que vivan en la misma localidad, ese perfeccionamiento de la correspondencia se logra de manera fácil, pero, cuando el transporte de las cartas depende del funcionamiento complejo y del todo inverosímil de los Correos extranjeros (¡esas sacas amontonadas en la bodega!), resulta imposible. Hemos aguardado varias semanas; un día tras otro ha amanecido cargado de esperanza (excepto el domingo, que es un día que hay que borrar del calendario); puede que se haya extinguido con una decepción, pero falta poco para mañana y ¿quién sabe lo que traerá entonces el correo? Por fin llega: la abrimos con urgencia, la devoramos... y se acabó. Se consume en un abrir y cerrar de ojos y no basta para apagar nuestra sed. Nos ha contado demasiadas cosas, o quizá no las suficientes. Y es que, con su llegada, una carta nos roba toda una región secreta de la existencia, la única en la que puede saborearse el verdadero placer de la vida, la región de la imaginación, creativa y proteica, pero el viento de la realidad destruye las nubes y las hermosas formas de su cielo. Tengamos en cuenta que anhelar el paraíso es vivir en él, algo muy distinto de llegar físicamente hasta allí.

La pobre carta no tiene en realidad tanta culpa (y resulta, creo, en cierta manera patético pensar en su autor,

que le dedica un gran esfuerzo, que vierte en la página un intenso deseo de complacer, una voluntad muy humana de comunicar algo de sí mismo, desde su exilio), no tiene tanta culpa porque su contenido resulte inadecuado, sino porque ha cometido el error de llegar, de aparecer. *Le rôle d'une femme* —aseguró en una ocasión un francés sagaz— *est non de se donner, mais de se laisser désirer.*

Por otro lado, el arte de leer cartas es, cuando menos, tan elevado como el de escribirlas, y también lo dominan solo unos pocos. La cooperación del lector es esencial. Una carta siempre tiene más que ofrecer de lo que parece a simple vista, lo cual se aplica a toda la buena literatura, y sin duda el género epistolar debe abordarse como buena literatura, pues comparte algo con ella: surge de la experiencia íntima del autor, nace de algo sufrido personalmente. Sin embargo, no todo el mundo sabe leer. Muchas son las palabras arrancadas a una pluma y muchos los indicios que se arrojan al muladar porque se han quedado sin compañía, sin explicación, sin respaldo. Únicamente el lector ideal aprecia la fuerza conmovedora de la contención.

Además, las cartas de viaje entrañan un inconveniente añadido. El vínculo entre dos personas debe ser sin duda estrecho para que una de ellas ansíe de verdad visualizar el escenario por el que se mueve la otra, ver con sus ojos, oír con sus oídos, trasladarse al calor de sus llanuras o a los rigores de sus montañas. Si existe ese vínculo, mejor que mejor; y desde luego reconstruir un paisaje, captar algo tan sutil como la importancia de la atmósfera de un lugar a partir de

las indicaciones ofrecidas, supone un ejercicio mental exquisito y delicado. En realidad, «reconstruir» y «captar» son palabras demasiado burdas para referirse a esa irrealidad tan hermosa que surge, a esa tierra totalmente inventada, como aquellos paisajes rosados de los pintores románticos italianos, pero es un arte en sí mismo, un lujo para los ociosos y los especulativos, recompensado (con una variación imprevista) cuando más adelante posamos nuestros mortales pies en aquel paraje que durante tanto tiempo ha hecho las veces de tierra imaginaria de nuestras andanzas (pues nada cuesta más que volver a evocar un lugar tal y como lo conocíamos antes de visitarlo, dada la fragilidad del tejido que habíamos creado, dada la rapidez con la que se desvaneció, a pesar de la solidez y el detalle que en apariencia presentaba; como un territorio que conocimos en la infancia y que hoy recordamos con errores de color y de tamaño por culpa de la impresión, más cercana pero no necesariamente más cierta, de lo que tenemos ante los ojos). No obstante, si ese estímulo está ausente acabamos leyendo los pasajes descriptivos de nuestros amigos nómadas, vamos a confesarlo, con una escrupulosidad tediosa. Incluso en el caso de las cartas que no estaban dirigidas a nosotros, ni a nadie de nuestra generación, las cartas de Beckford, pongamos por caso, o las de lady Mary Montagu, las leemos pensando más en su interés histórico (que es puramente fortuito) que en los países descritos, o las leemos como un diario personal, en busca de las pinceladas de vigor, humor o franqueza que de manera inconsciente trazan la personalidad del autor.

«Como un diario», de hecho, no es mala comparación, pues en un diario, incluso cuando brota de la pluma más ignorante, lo que resalta, en el sentido último y acumulativo de la palabra, es su capacidad de convicción, que gracias a su método directo, gradual e inflexible otorga incluso al relato más inane el efecto irrefutable de la verdad.

Parecería, pues, que existe un problema innegable en todas las cartas de viajes, e incluso en los libros de viajes, ya que las misivas de otras épocas, reunidas en las bibliotecas, podrían situarse con justicia entre los libros y no entre la mera correspondencia. Parecería, si vamos un poco más allá, que existe un problema en los viajes en sí. ¿A qué fin obedecen, si no podemos comunicar nuestra experiencia ni oralmente ni sobre el papel? El deseo de transmitir la experiencia vivida es una de las debilidades humanas más naturales, si bien no una de las más dignas de estima. Digo esto porque estéticamente no resulta rentable (pues el placer compartido pierde la mitad de su valor) y, como intento, es en última instancia falaz (pues ninguna experiencia puede comunicarse de verdad y la única versión que podemos llegar a transmitir a otra persona será apenas un relato confuso y engañoso de lo que en realidad nos sucedió). Viajar es penoso. Resulta incómodo, resulta caro; provoca que nuestras amistades se molesten y que nosotros nos sintamos solos. Sin duda, para el auténtico solitario es una gran ventaja, aunque lo cierto es que sentirse solo y ser solitario tienen poquísimos que ver. El auténtico solitario se recrea en su aislamiento; siente que únicamente es él mismo cuando se encuentra

solo; al estar acompañado le parece que reniega de sí mismo, que se prostituye ante las exacciones de los demás; considera que el tiempo pasado junto a otros es tiempo perdido; es consciente tan solo de la impaciencia que siente por regresar a su verdadera vida. Una vez a solas (puesto que, aunque se ponga las zapatillas, la mecánica de su mente es maniática hasta lo indecible), coge un libro del estante, o de su reserva de imágenes algún juguete que le plazca, y le da vueltas por la cabeza del mismo modo que el gourmet se pasa una uva por la boca, saboreando una dulce gota de jugo que se ha escapado antes de hacer estallar la pieza para que todo su torrente le invada el paladar.

Es posible que el lenguaje, ese universo distorsionado y laberíntico, no esté concebido para sustituir o ni siquiera para completar las funciones mucho más sencillas del ojo. Miramos y tenemos la imagen en su totalidad, tridimensional e instantánea. El lenguaje llega después, como tortuga en competición con la velocidad de la luz, y tras cinco páginas impresas logra reproducir una mínima parte de la visión captada. Hace pensar en el oriental que, con una ingenuidad encantadora, creía que al fotografiar al almuédano registraría también las notas de su llamada a la oración. Como mucho (¡pero ya es mucho!) el lenguaje que puede aspirar a alcanzar la sugestión, ya que el arte de las palabras no es una ciencia exacta. Desde luego, no reflexionamos con la frecuencia necesaria sobre lo extraño que es ese mundo que hemos creado dentro del mundo mediante el hábito del lenguaje, tan arraigada en nosotros por

la tradición y la costumbre, pues lo damos por sentado hasta el punto de que ya no somos capaces de imaginarnos la vida sin él, como en el caso de esas ideas que la mente es incapaz de concebir; por ejemplo, el final del tiempo o la infinitud del espacio. El pensamiento es imposible sin palabras y su proceso se nos presenta como un ejercicio deseable; pero ¿cómo podemos saber qué relación tiene con el mundo de los hechos? ¿Existe algún tipo de vínculo real, o simplemente una correspondencia convencional y estilizada, como en el arte, ese fenómeno extraordinario, esa paradoja suprema de la transmisión de la verdad mediante distintas convenciones de la falsedad? Esa podría ser perfectamente la posición, segura y arrogante, del lenguaje, pero, dado que estamos metidos en un círculo vicioso, sin más arma contra las palabras que otras palabras, parece poco probable que podamos llegar a juzgarlo. Dicen que el recién nacido únicamente conoce una emoción: la del miedo provocado por el ruido; en consecuencia, todas las demás, así como todos los demás conceptos, deben de ser resultado del aprendizaje y de la asociación. De todos modos, el camino que va desde la criatura que se asusta al sonar un gong hasta el producto más complejo y elaborado de la mente civilizada resulta aterrador. Si damos nombre a una cosa, de inmediato adquiere una existencia, pero o bien ya la tenía antes de tener nombre o bien es al contrario; no sabemos si lo uno o lo otro. Así, los hindúes tienen un único término para denominar «mañana» y «ayer», por lo que podemos concluir que su idea del tiempo relativo debe de ser

muy distinta de la nuestra, o de otro modo habrían forjado una palabra que se adaptara a las necesidades de esas percepciones más amplias. No tenemos manera de aprehender las ideas que no podemos vestir con palabras, como tampoco somos capaces de imaginarnos una forma de vida en la que no participe alguno de los elementos que nos son conocidos; sin embargo, pretender que esas ideas no existen sería tan poco razonable como si un niño arrugara en un ataque de furia un manual de matemática avanzada. Somos esclavos del lenguaje y estamos sometidos a las limitaciones estrictas de nuestro tirano.

Además, las contradicciones que encierran las posibilidades del lenguaje son intensas y asombrosas. Si unas veces parece que no hay nada (dentro de los límites de nuestra experiencia) que no pueda expresarse con palabras, hasta la pincelada más sutil de un Proust o un Henry James, en otras ocasiones, en cambio reconocemos desesperados, debido a la pobreza del vehículo que nos hemos impuesto, la incapacidad a la que en realidad nos enfrentamos cuando aspiramos a comunicar a otro la experiencia más simple de nuestra vida objetiva o emocional. ¿Quién entre nosotros puede alardear de que, si lo trasladaran a la mente de otra persona, aunque fuera la más cercana, no se encontraría en un país extraño y, a pesar de reconocer aquí y allá algún que otro rasgo, en líneas generales no se quedaría perplejo ante agrupaciones, formas y proporciones inesperadas? Solo hay una esfera de la vida que incumbe prácticamente en exclusiva al lenguaje: es la del intelecto, ya que se trata de la esfe-

ra, por así decirlo, generada por el propio lenguaje, la esfera que sin él no habría llegado, no habría podido llegar a existir. Las cosas que se sienten, y las que se ven, precisamente porque existen de forma independiente, y sin relación alguna con nuestro grado de elocuencia, no son terreno de la palabra.

Debemos reconocer, pues, por desgracia, que viajar es un placer íntimo, ya que se nutre por completo de cosas que se sienten y que se ven, de sensaciones que se reciben y de impresiones que se disfrutan visualmente. No existe interés intelectual en el viaje y la mayoría de los intelectuales han sido personas muy caseras, que preferían, tal vez sabiamente, echar una cabezada junto al fuego y dejar que se levantaran alminares y cúpulas sin exponerse al desánimo de la desilusión. O quizá es aún más probable que jamás piensen en alminares ni en cúpulas y que su interés se limite a adentrarse en las almas desamparadas y desconcertantes de sus amistades. Viajar es sencillamente cuestión de gustos y no ha de defenderse a base de lógica; aunque tampoco es que requiera defensa alguna, puesto que no puede eliminarse con argumentos, sino que sigue existiendo como hecho concreto, puesto que las palabras no pueden hacer que se esfume, y cuando se disipan las brumas del debate sigue despuntando con la misma robustez que tenía cuando estos vanos miasmas empezaron a levantarse. Nada es aventura hasta haber sido aventura en la mente y, si llega a ser esto último, no habrá circunstancia, por muy nimia que sea, que resulte indigna de tan alto nombre. Como todas las pasio-

nes irracionales, debe aceptarse; puede que resulte molesto, pero es una realidad.

También como todas las pasiones irracionales, es sumamente romántico. A simple vista podría parecernos demasiado prosaico para encajar en esta categoría, puesto que se basa en cosas materiales, como la geografía, que es algo concreto y finito. Zarpan barcos de Londres todos los días con destino a puertos de los antípodas; nada más sencillo, si disponemos de medios, que comprar un billete y tomar un taxi que nos lleve a Tilbury. Sin embargo, no se acaba ahí el asunto. Lo importante es el espíritu. Debemos tener la agudísima sensación de que penetramos en lo desconocido; en una región, esto es, que no suele ser la nuestra. Se hace necesario, ante todo, no dar nada por sentado. El viajero inteligente es el que no deja de sorprenderse. La persona que se queda en casa sabe que los pavos reales campan a sus anchas por la India igual que los estorninos por Inglaterra, y ese hecho no le parece digno de admiración. No obstante, lo cierto es que resulta realmente asombroso ver a los pavos reales salvajes extender la cola a la luz de un atardecer oriental. La naturaleza, con una precisión excepcional, ha situado a sus animales ante el fondo de los paisajes que les corresponden; somos nosotros quienes los hemos desplazado para colocarlos donde no les corresponde.

Así pues, si no queremos sorprendernos, o regocijarnos con un placer profundo y auténtico, si no estamos preparados para soportar una soledad fascinante a la vez que

fundamental, lo mejor será que nos quedemos junto al fuego a esperar con impaciencia la presencia de nuestras amistades a la hora de la cena. Yo, por mi parte, no deseo renunciar al recuerdo de un amanecer egipcio ni al vuelo de las garzas reales ante la luna de madrugada.